



1.º de Noviembre 1915

Año V.—Núm. 109

SUMARIO

Una cacería de osos en Asturias, por *Pedro Pidal*.—Hojeando revistas: Los pájaros de la noche.—Junto á la hoguera: La mejor cosecha, por *Arturo Humanes*.—De pesca: Cebo nuevo para la pesca, por *Un andaluz preguntón*.—Tiro Nacional.—Necrología.—Noticias.—Biblioteca de caza y pesca.

(No se devuelven los originales.)

Una cacería de osos en Asturias

El notable aficionado D. Pedro Pidal, el formidable tirador Sr. Marqués de Villaviciosa de Asturias, da cuenta en *La Época* de una cacería de osos realizada en el monte de Villar de Vildas, del concejo de Somiedo (Asturias).

Tomaron parte en la batida D. Francisco García, Cura de dicho pueblo; D. José Bernaldo de Quirós, primo del Sr. Pidal, y buen número de ojeadores.

He aquí cómo relata la cacería nuestro digno Presidente honorario:

«Cerca de lo alto del Puerto, entre Asturias y León, del lado de Asturias, hay una majada de pastores que se dolía amargamente de los estragos que hacían los osos en sus ganados, como el pueblo mismo de Villar se lamentaba de los destrozos que en el maíz realizaban los mismos animales.

Era cosa en verdad pintoresca la visita á ese valle. Lo remontamos mi primo y yo, al obscurecer y de noche, á la luz de la

luna. En medio del paisaje dantesco agitábanse los árboles de un modo fantástico, y con el ruido del torrente mezclábanse otros ruidos extraños, tales como el golpeo de peñas al caer, toque de campanillas y choque de piedras y de palos. Parecía aquello el mundo de los hechizos, y los árboles sonoros al pie de las peñas y de las grutas, la mansión de la brujería y del encanto.

La explicación era muy sencilla. Los osos, los jabalíes y los tejones destrozaban todas las noches los maizales. Para asustarlos, los ingeniosos labriegos ataban á las ramas de los árboles maderos que flotaban sobre el torrente, y daban continuos é irregulares tirones de los árboles, de cuyas ramas pendían campanillas y cencerros. Otros ponían ruedas de paletas en las caídas de los arroyos, que las movían sin cesar, haciéndolas chocar violentamente contra piedras ó palos hábilmente dispuestos. Fantasmones ó espantajos no faltaban tampoco para completar el cuadro en aquel extraño concierto de tan pintoresco ajuar.

Los primeros maíces del valle se los co-

mían los tejones; los que estaban más altos, los jabalíes; los del último y los del penúltimo pueblo, los osos. Y en uno de estos maizales me pasé la noche, una noche de luna, de las diez y media á las cinco y media de la mañana, «haciendo el oso», ya que éste no se dignó venir á proporcionarme intensas emociones.

Dejando al oso herbívoro de los maizales nos fuimos á buscar al oso carnívoros de las brañas, y allí pudimos contemplar en el teatro de sus hazañas, las ovejas despanzurradas, á medio enterrar, de aquella noche. Entraba en el corral el oso por donde quería, y de cada zarpada despachaba una oveja.

Con menos luna que en los maizales salí al sereno á las diez de la noche, dejando á los compañeros al amor de la lumbre en la cabaña de los pastores. Los perros latían sin cesar y sin apartarse de la cabaña (no quieren bromas con el oso), por la izquierda. Yo me fuí por la derecha, y al cabo de media hora de espera vi avanzar un bulto negro. Procuré fijarme cuanto pude, y al pasar por encima de una peña advertí claramente al oso... Afiné la puntería lo que pude, y al descerrajarle un tiro oí contristado los lamentos dolorosos de un can. Había destrozado al mastín negro mayor de los pastores.

A la mañana siguiente organizamos el ojeo del monte, adonde se retiraba el oso todas las noches para digerir las ovejas y las vacas, porque deslomar una vaca de un zarpazo es cosa corriente para el oso.

Subieron los hombres, medio pueblo de Villar, muy de mañana, á empezar el ojeo desde las cabañas en que dormimos, y nosotros nos trasladamos por la parte baja del monte á la extremidad del mismo.

Tiene el hermoso monte de las Sendas una espera principal, famosa por haberse colocado siempre en ella el célebre Garrido y haber dado muerte allí á varios de los sesenta y tantos osos que matara. Es el llamado Prado de la Gallega, al que viene á parar la gran senda del monte que muere en el arroyo que separa las dos vertientes.

A derecha y á izquierda del Prado de la

Gallega, mirando al Norte de las Sendas, hay como dos cintas de maleza ó monte bajo, no muy espeso, que son las que orilla ó toma el oso cuando, atravesando el arroyo, abandona el bosque y el sendero. Pero puede también, si algo lo perturba en su huída y el arroyo torrente lo permite, saltarlo por arriba ó por abajo, cogiendo directamente la espesura.

Y de aquí otras dos esperas: la de arriba, la de la derecha, más atrás, al estrechar ó clarear la cinta ó espesura alta, y la de abajo, la de la izquierda, más atrás, al estrechar ó clarear la cinta de abajo.

Días antes, lloviendo á todo llover, habíamos dado una batida al monte de las Sendas, colocándome yo en la espera central, la del Prado de la Gallega; Pepe Bernaldo de Quirós en la de arriba, y el señor Cura de Villar en la de abajo. Yo estaba adelantado por exigencias del terreno, y tenía por detrás, arriba y abajo respectivamente, á mi primo y al Sr. Cura. Y fué el caso que salió un oso de tamaño regular, más bien pequeño, y que pasó por las matas de la izquierda sin que ninguno de los tres lo viésemos. ¡Qué torpes!

Al reanudarse la batida, con pleno conocimiento de que en el monte estaba el oso grande carnívoros, y ya enfrente de las esperas, al llegar á ellas propusieron los prácticos José y Jenaro que nos colocásemos como la otra vez. Pero Pepe Bernaldo de Quirós dijo cariacontecido: «Yo no voy arriba»; proponiendo que arriba, á la derecha, fuese el Sr. Cura, que él se quedaría «en la esquina» del Prado de la Gallega, y que yo me fuese abajo, á la izquierda, por donde se había escapado últimamente el oso.

Y no había acabado de hablar cuando se oyó un cohete. El ojeo había empezado.

Todos apresuramos el paso, y el señor Cura se descolgó corriendo hacia abajo, y en mangas de camisa porque yo le había dicho que se veía mucho lo negro, á la espera izquierda.

—¿Dónde va usted, D. Francisco?—le dije.

—A la parte de abajo, para echárselo á usted, D. Pedro—me respondió.

Y yo corrí y corrí detrás del Sr. Cura para ver dónde se colocaba. Cuando volví á subir lo que había bajado, me encontré con mi primo—que no tiene nada de primo—perfectamente instalado, no en la esquina como decía, sino en el centro del Prado de la Gallega, enfocando directamente el sendero.

Y confieso que en vez de tirar al oso hubiese largado un balazo al Sr. Cura y otro al primo, si la risa que me daba me hubiera permitido apuntarles.

¡La afición, esta afición que no respeta nada ni á nadie! Quisiera haber tenido canas para que me las respetasen; pero dudo de que lo hubieran hecho.

Dos osos había en Aller, en el monte Alende, donde no hay más espera que la del Sendón, y un chico mío quiso quedarse solo, como yo hice siempre. Lo dejé y mató un oso. Pero si hubiese estado yo con él hubiésemos hecho carambola.

Ahora, un chico, ó poco menos, de nuestro por todos querido «tío Carlos» estaba con emoción infinita, y no hacía más que telefonearme para que fuésemos al oso. Y allí lo dejé solito, como es natural, corriéndome yo más atrás y procurando guardar la distancia entre ambos.

Y así estábamos, sin pestañear siquiera, atentos al griterío del ojeo y á la salida del bosque, cuando de repente vi aparecer un oso magnífico, negro, estupendo, airoso, elegantísimo, con la cabeza alta, mirando á todas partes y avanzando á trote ligero. Parecía un sueño, y me quedé extático mirándolo.

Pude haberle tirado; pero aparte de que lo que yo quería era más verlo que tirarlo, ¿no iba á entrar á otro en buenas condiciones? La cuestión era asegurarlo, por quien fuese. Y no sé qué fué antes: si perderlo de vista al vadear el arroyo, oír un tiro y verlo delante de mí, volviéndose de espaldas, ó si largarle un balazo que lo desriñonó, y un segundo cuando bajaba á tomar de nuevo el arroyo. Cargué, volando, mientras lo vadeaba, y antes había tomado la ladera de enfrente de que yo hubiese terminado de cargar. Así y todo le lancé un tercer balazo, que por la contor-

sión que hizo debió pegarle, y aún un cuarto, éste ya sin verle, á través de la espesura.

Todos salimos del puesto y nos paramos, cuando yo dije:

—¡Á los puestos, que puede venir otro oso!

Los gritos, los cohetes y las trompas de los ojeadores se acercaban, y yo, no pudiendo ya resistirme, me lancé por la espesura en busca del oso. Tropecé á poco con la sangre abundantísima que derramaba, y corrí y corrí hasta perderla. Llegaron los ojeadores, y todos se pusieron á buscarla, gritando uno cerca:

—¡Aquí, aquí va!

Mientras gritaba otro, lejos:

—¡Por aquí, por aquí!...

Pero antes perdíamos la sangre que la seguíamos, y con ello nos esparcíamos todos á través del monte, en todas direcciones. Mas ¡oh felicidad! llegan tres perros, y con la nariz alta y la orientación fija se lanzan hacia arriba. El oso subía.

Todos nos lanzamos detrás, y yo maldiciendo por habérseme marchado los clavos de las botas; más subí agarrándome á los árboles que á fuerza de piernas. Los perros empezaron á latir. ¡Aquello fué el disloque! El oso estaba allí.

Corriéronse los aullidos á la izquierda, y allá fuimos todos. Yo, delante. En esto, por un sendero debajo de mí vi correr dos hombres.

—¡Atrás, atrás! — les grité —. ¡Esperadme!...

¡Que si quieres! ¡Como si cantara!... ¡La rabia que pasé!... En esto sonó un tiro. El práctico del monte, José Cabezas, que era el del sendero, lo había disparado. Pero el oso seguía corriendo, y los perros detrás, aullando. Al poco rato otro tiro, y luego otro, seguido éste ya de voces que decían:

—¡Cayó, cayó, D. Pedro!

Un escopetero, Manuel Alvarez, que habíamos dejado en la parte alta del monte para que no se escapase por allí el oso, se tiró monte abajo, encontrándose al oso con los perros. Al primer tiro se le puso de pies, abalanzándose. Un segundo tiro á boca de jarro lo tumbó.

Cuando á los dos segundos llegué yo, los perros mordían por arriba y por abajo del árbol caído que lo detenía sobre la vertiente, al osazo negro que nos llenó de asombro.

Á poco llegó mi primo con más ojeadores. Uno de éstos, hábil leñador, cortó las ramas del árbol, y el oso pasó por debajo del tronco y rodó majestuoso, saltando y saltando sin cesar por aquella rapidísima vertiente, seguido de los perros y de todos nosotros.

Cuando llegamos al camino intermedio entre el bosque y la pradería, allí estaban el Sr. Cura y otros. El robusto macho que llevaba la comida y el vino, era impotente para soportar tamaño animal. Se precisaron tres buenos largueros y ocho sólidos ojeadores para suspenderlo y llevarlo así, tras mil dificultades, hasta el camino de los carros, en que encontramos uno para que lo transportara.

Pesado en el pueblo, donde el alborozo era extraordinario, resultó pesar 200 y pico de kilos y haber recibido seis balazos.

Mi primo aseguraba haberle herido del solo balazo que pudo tirarle, y yo—¡oh, fuerza del afecto!—ni se me ocurrió siquiera ponerlo en duda.

Ejemplar éste digno de un museo, al Museo Nacional de Historia Natural de Madrid irá á parar, después de pasar por las maravillosas manos de los hermanos Benedito.

Cuando lo vi salir tan soberano á la espera, sólo pensé en nuestro tirador Soberano. ¡La dicha que habría tenido! ¡Lo bien que lo hubiera muerto!»

PEDRO PIDAL

* * *

La lectura del interesante relato nos muestra de un modo claro cuáles son los entusiasmos y la devoción que siente por la caza el Marqués de Villaviciosa de Asturias, cuyos triunfos en el tiro de pichón y cuyas temerarias excursiones cinegéticas le hacen ocupar el primer puesto entre los tiradores y cazadores de España.

CAZA Y PESCA le envía su más cariñosa felicitación por haber realizado su propósito en la cacería objeto de estas líneas.

¡Gloria al aristócrata cazador!—N. de la R.

POR IMPOSIBILIDAD física de su propietario, se vende una magnífica escopeta, tiro central, del 12, con dos cañones acero puro de Eibar, fabricada por Sarasqueta de encargo especial; costó 80 duros; tira con todas las pólvoras, incluso la encarnada laminosa; han tirado con ella seis ú ocho veces, está perfectamente ajustada, tiene máquina de cartuchos, baqueta de acero y funda. Se vende en 50 duros.

HOJEANDO REVISTAS

LOS PÁJAROS DE LA NOCHE ⁽¹⁾

Decir que las aves nocturnas son utilísimas al agricultor por el gran número de animalejos dañinos á los campos que constituyen su presa habitual, es, á estas alturas, decir una de las cosas más sabidas. No está de más, sin embargo, insistir sobre la necesidad de desterrar ciertas ideas que todavía conserva el vulgo, en cuya imaginación aparecen estas inofensivas aves asociadas á todo lo que es siniestro, macabro ó fantástico.

Los «nocturnos», como se les llama en el célebre cuanto fracasado *Chantecler*, son muy poco conocidos; aun la gente del campo, por lo general tan al corriente de la vida de las aves silvestres, saben poco de sus costumbres y confunde lastimosamente sus nombres.

En España tenemos varias especies de estas aves. Las más vulgares, ó al menos las que con más frecuencia se ven, son el mochuelo y la lechuza. El nombre de mochuelo, que se ha prodigado entre todas las aves nocturnas, realmente sólo corresponde á la especie que los naturalistas llaman *Noctua minor*, que es, por cierto, una de las más pequeñas de tan interesante familia, puesto que no mide más de dos de-

(1) De *Alrededor del Mundo*.

címetros y medio de longitud. Vive cerca de los pueblos, y aun dentro de ellos, ocultándose durante el día en los árboles huecos, en los tejados y en las torres, y saliendo después de puesto el sol á recorrer la campiña con su vuelo rápido y sostenido, durante el cual, á la manera de los murciélagos, traza continuas curvas y se acerca así á todos los objetos que le llaman la atención. No teme á la luz del día, y si sale cuando está obscuro, es probablemente porque entonces puede cazar mejor los ratoncillos y musarañas que constituyen el plato fuerte, por decirlo así, de su comida, ó porque á dicha hora se ve menos expuesto á los ataques de sus enemigos, el gavilán, la urraca y la graja.

El mochuelo pone sus huevos en la primavera, en número de cuatro á siete, sin anidar en el verdadero sentido de la palabra, sino depositándolos sencillamente en cualquier oquedad idónea de un árbol ó de un muro. Á los quince días, próximamente, salen del cascarón los mochuelillos, que son unos animalitos muy grotescos. Cogidos jovencitos, y sabiéndolos criar, se domestican fácilmente. En algunos países (en Italia, por ejemplo) hay esta costumbre, pues son muy útiles en los huertos y jardines, por el gran número de babosas é insectos nocivos que destruyen.

La lechuza es bastante mayor que el mochuelo, y tiene un plumaje mucho más bonito, gris por encima y blanco por debajo, matizado todo él de pintas y de unas manchas doradas, algo así como ráfagas de fuego, que han sido sin duda la causa de que los naturalistas la llamen *Strix flammea*. Ave característica de las ruinas, raro es el castillo viejo ó el vetusto campanario que no cuenta con su correspondiente lechuza, la cual pasa el día en el rincón más obscuro é inaccesible, sin alarmarse por el repique de las campanas ni los vuelos de las palomas, sus vecinas. Su alimento es el mismo del mochuelo, aunque, como más grande que es, se atreve hasta con las ratas. Alguna vez, muy rara, devora algún pajarillo; pero la costumbre que se le atribuye de beberse el aceite de las lámparas, no es más que una fábula necia con que

algún sacristán aprovechado quiso ocultar sus latrocinios. Muy parecido á la lechuza, pero de un color más sombrío, es el cáрабо ó cáramo, el *Syrnium aluco* de los hombres de ciencia, el cual, á diferencia de las dos especies anteriores, nunca se encuentra en lugares habitados. Su morada son los bosques y el monte muy cerrado, donde no es raro oír, al amanecer y en las primeras horas de la noche, su grito peculiar: «t-uit, t-uu!»

Hay guardas que aborrecen de todo corazón á esta ave, porque de vez en cuando mata algún gazapo ó alguna perdiz; pero como en cambio destruye muchas ratas y otros seres no menos molestos, bien pueden perdonársele estos pequeños delitos. El cáрабо hace su puesta, que es de tres ó cuatro huevos y tiene lugar á fines de invierno ó principios de primavera, en cualquier parte: en la copa de un árbol, entre las peñas, en un matorral, en una conejera abandonada, en cualquier viejo nido de otra ave.

En un acreditado diccionario enciclopédico, bajo el nombre de «sirnio», que nadie usa en España, se da una descripción bastante extravagante del cáрабо, diciéndose, entre otras cosas, que tiene unos «penachos de plumas» (como todos los penachos, mientras otra cosa no se especifique) en la cabeza, lo cual es faltar descaradamente á la verdad. Esos penachillos de que, al representar aves nocturnas, abusan tanto los artistas mal enterados, no los tienen ni el cáрабо, ni la lechuza, ni el mochuelo, que precisamente por eso mismo se diferencian de otras tres especies españolas del mismo grupo: la corneja, el buho y el buho grande ó bujo.

La corneja, llamada también cornichuela en algunos puntos de España, y *Scops*, *scops* en el latín del tecnicismo científico, es la más pequeña de nuestras aves nocturnas; no pasa, en efecto, del tamaño de un tordo, y como es lógico, no se atreve con presas tan grandes como las que otras especies persiguen; mas no por eso es menos útil, puesto que devora gran cantidad de escarabajos y mariposas nocturnas, y aun ratoncillos de campo. Vive en las lla-

nuras con pocos árboles, en los huertos y hasta en los jardines, como ocurre en el Real Sitio de San Ildefonso; pero en nuestro país solamente se la ve en primavera y verano, porque es ave emigradora que viene en el mes de Marzo y se marcha en Octubre á climas más benignos.

Con frecuencia se ha dado el nombre de corneja á una especie de cuervo, que los franceses llaman *corneille*; pero entre la gente del campo, todo el mundo designa bajo dicho nombre á la pequeña nocturna que tiene la cabeza adornada por dos orejuelas ó cuernecillos de pluma. Por cierto que discutiendo sobre este punto con cazadores de pueblo y gente conocedora del monte y sus secretos, se me dijo en una ocasión que «por eso se le dice corneja, porque tiene cuernos»; y bien mirado, considerando que á la misma ave le llaman «corneta» en Andalucía y «cuerneta» en Valencia, convendría averiguar si no será ésta la verdadera etimología del nombre, y si nuestro sustantivo corneja no tendrá nada que ver con el *cornix* de los latinos ni con el *corneille* de los franceses.

Por lo que toca al tamaño, el buho es á la corneja lo que la lechuza al mochuelo. Tiene también los dos manojitos de pluma ú «orejas», que levanta ó deja caer según su estado de ánimo, y su plumaje está matizado de rojo, pardo y negro. Vive en los montes y pinares espesos, por regla general aislados; sólo mientras la hembra incubaba sus huevos, el macho permanece en un árbol inmediato para atender á la subsistencia de su compañera. La puesta, que se verifica en Febrero ó Marzo, la hacen en cualquier nido abandonado de urraca, de paloma torcaz ó de ardilla; ponen de cuatro á seis huevos, que se distinguen de los de las otras aves nocturnas por ser ligeramente ovalados, mientras los de las demás especies son esféricos.

La voz del buho, que con frecuencia se oye cuando se cruza el monte de noche, es muy singular; tiene algo de aullido de perro y de maullido de gato, y podría traducirse por los gritos: «¡Voy...! ¡Miau!», con un pequeño intervalo entre los dos.

No debe confundirse el buho, que es el

Asio otus de los naturalistas, con el bujo ó buho grande, que en el lenguaje científico se denomina *Bubo ignabus*, y es el «grand duc» de los franceses. Algunos malos traductores de libros de historia natural dicen también en castellano «gran duque», lo cual es un disparate; mejor deberían adoptar el nombre inglés, «buhó águila» (*Eagle Owl*), que por lo menos es muy gráfico, porque en su tamaño esta especie se acerca á algunas águilas.

El bujo vive siempre en los bosques y peñascales más solitarios, y sus costumbres se asemejan á las de las otras aves de la noche; pero á diferencia de ellas, es más perjudicial que útil, pues como, dado su tamaño, no le bastan las ratas y los topes, devora muchos conejos, ardillas y hasta cervatillos. Esta especie es la que, cuando es descubierta en pleno día, descansando entre el ramaje ó sobre una roca, por una bandada de pájaros, motiva entre éstos loca algarabía, como si las avecillas quisieran burlarse del gigante dormido.

Á todo esto, algún lector se preguntará cómo, tratándose de pajarracos que viven en la sombra, puede verse qué es lo que comen y lo que no comen. La respuesta es muy sencilla. Las aves nocturnas, lo mismo que las de rapiña, después de hacer la digestión vomitan unas bolas compuestas de pelos, huesos, élitros de insectos, de todo aquello, en fin, que no han podido digerir. El naturalista recoge estas bolas, y sin gran trabajo averigua, no sólo las especies á que pertenecen los animalillos devorados, sino hasta el número de presas hechas. Así, cierto observador que ha examinado centenares de estas bolas, en diez de ellas devueltas por mochuelos, ha encontrado los restos de diez ratones de campo, una musaraña y un insecto; y en 706 bolas de buho ha hallado los de 1.580 musarañas, 693 ratillas ó topillos, 240 ratones, 22 pajaritos, 16 murciélagos y un topo. Se ve por estas cifras que los animalitos dañinos ó molestos están siempre en gran mayoría en el menú ordinario de las tan injustamente calumniadas aves nocturnas.

A. CABRERA



JUNTO Á LA HOGUERA

LA MEJOR COSECHA

I

Tres golpecitos dados en la puerta tímidamente, bastaron para despabilar al Sr. Antero y volverle á la realidad; pasó la mano por sus ojos, desdobló desembarazadamente su robusto corpachón y exclamó con voz de trueno:

—¿Quién va?...

—Soy yo, Sr. Antero... soy yo—contestó una voz algún tanto gangosa.

—¡Caramba!... ¡D. Jesús!... voy en seguida. Usted disimule que le haya hecho esperar—decía el Sr. Antero mientras abría la puerta de la habitación, por la que apareció la venerable figura de D. Jesús, cura párroco del pueblo.

Entró lo más deprisa que le permitieron sus piernas, pero no tanto que impidiese la entrada de una corriente de aire que se precipitó silbando en aquella reducida estancia, arrastrando consigo una regular cantidad de agua que en menudas gotas azotó el curtido rostro del señor Antero.

—¡Diantre!... Mala noche...—exclamó éste—. ¿Cómo se aventuró el señor cura á venir á verme y á honrar mi pobre casa con su presencia?

—No me lo agradezca, Sr. Antero—contestó el interpelado con tono de humildad y disgusto—; no me lo agradezca, repito; esta visita no es para usted ni para nadie en particular; es para todos...

—Agradeciendo—interrumpió el Sr. Antero, que no comprendía bien las palabras del sacerdote.

—Es para todos—prosiguió éste—, porque se trata de los intereses del pueblo en general, de toda su gente, que rivaliza en honradez; en una palabra, se trata de los intereses de usted, que, dado el cariño que le profesamos, son los nuestros. ¿Entiende usted ahora?

—Creo que voy entendiendo, sí, señor—replicó el buen Antero, cuya mirada se nubló un instante y una arruga surcó su frente, tomando su cara un aspecto extraño—; y creo más: creo que va usted á hablarme del truhán de mi hijo, de ese pillastre que no vale lo que un grano de alpiste y que me da más disgustos que granos de simiente han soltado mis manos en los cincuenta años que llevo sembrando la tierra.

—Precisamente, mi buen amigo; y celebró que lo haya comprendido de esa manera, pues he de evitarme, como es consiguiente, mucho trabajo.

Acercáronse al hogar, donde chisporroteaban cuatro ó cinco trozos de leña, y mientras se calentaban sus manos, el señor cura prosiguió:

—Sabe usted tan bien ó mejor que yo las inclinaciones que desde pequeño mostrara su hijo; inclinaciones que fueron alimentadas por usted inconscientemente, debido al mucho cariño que le profesaba, por ser el único vástago que le dió su pobre mujer que en paz descansa.

Amigo de reyertas con otros chicuelos de su edad, en más de una ocasión intervine con objeto de impedir cuestiones con los padres de aquellos muchachos á quienes hería y golpeaba. Todo eso era disculpable á los quince años; pero no lo es, en verdad, que á los veinticinco siga de la misma manera, y en lugar de enmendarse, descubra nuevas inclinaciones á cual más odiosa y execrable. Su hijo... señor Antero, á pesar de que usted no le escatimaba cuanto dinero creía conveniente para sus atenciones, ó por mejor decir, para sus vicios; quizás para eludir una explicación acerca del empleo dado á cierta cantidad que usted le entregó, según creo, para su colocación en la Caja del Banco en esta provincia; bien porque no pudiese continuar haciendo la vida que hizo en la capital, ó bien por otra causa cualquiera... ¡pena me da el decirlo!... su hijo resolvió encontrarlo por sí mismo, y, en unión de otro camarada y aprovechando mi ausencia... entraron en mi casa... y...

No pudo terminar: se extendieron los brazos del Sr. Antero y, cogiendo una mano del anciano sacerdote entre las su-

yas, encallecidas por el trabajo, balbuceó algunas palabras y se desplomó á los pies de aquel santo varón.

II

Habían pasado seis ú ocho días. El sol lucía sus esplendentes galas, bañando con sus benéficos rayos las doradas espigas que en una muy respetable extensión circundaban la casita del Sr. Antero.

Aquella casita, alegre como una sonrisa de rubio angelito, tan blanca como un copo de nieve, tan pequeña, que á gran distancia se hubiese podido confundir con una paloma descansando en un nido de oro; aquella casita, repito, era la misma que una semana antes la vimos azotada por dos huracanes; por dos tormentas igualmente temibles; pero más intensa, más grande una: la que se desarrollaba en el interior. Fuera, el viento, empujando el granizo con inmensa velocidad contra los cristales, que caían hechos pedazos y eran recogidos por el agua, la que los arrastraba hacia el arroyo. Dentro, cerca del hogar, otra tormenta se desarrollaba, más violenta, más terrible, más grande, que no permitía siquiera oír la del exterior. Allí luchaban los sentimientos, se chocaban, se lanzaban unos contra otros; en una palabra, destrozaban un corazón noble y arrojaban sus restos á los pies de un hombre, que los recogía y procuraba unirlos, infundiéndoles la suficiente consistencia para sufrir nuevos golpes.....

Aquella mañana el Sr. Antero se ocupaba en arrancar algunas hierbas perjudiciales para su plantación, y de vez en cuando hondos suspiros se escapaban de su pecho, al mismo tiempo que movía la cabeza tristemente.

Así y todo, procuraba olvidar sus penas, no fijando la atención más que en el campo de trigo, que aquel año se presentaba hermoso. ¡Ya lo creo! Muchos cuidados le costó, muchos sinsabores, pero era la envidia del pueblo.

—Buena cosecha—se decía—, buena cosecha; gracias á Dios, no tendría de qué

A NUESTROS LECTORES: Se ha puesto á la venta la edición 4.^a del libro de D. Agustín Alvarez Navarro *Legislación de caza, pesca y uso de armas*.

Los que deseen adquirir tan notable libro deben de apresurarse en hacer el pedido, porque nos comunica su autor que esta edición es de bastantes menos ejemplares que las anteriores. Véanse detalles en la sección correspondiente.

quejarme si no fuera por ese pillastre de Antonio... Prometí de no verle y he de cumplir mi promesa.

Así continuó su monólogo, sin darse cuenta de que dos nuevos personajes avanzaban hacia él recatándose de ser vistos.

De pronto sintió que le asían por la espalda y al mismo tiempo una voz en la que reconoció la del buen presbítero, que decía:

—¡Ya le cogí!... ¡Ya le cogí!...

—Hola... don Jesús—respondió pugnando por separar las manos del anciano que le tapaban los ojos.

D. Jesús callaba y el labrador seguía diciéndole:

—Me alegro que venga; mire, mire qué cosecha, ¡qué buena cosecha!

Separó las manos el sacerdote, recobró el otro su libertad, y ante la luz del sol quedó deslumbrado por un momento; pero más deslumbrado le pareció quedarse al contemplar á su hijo, ¡á su Antonio!, aquel pillo de corazón de piedra, que puesto de rodillas ante él lloraba lágrimas de arrepentimiento, mientras D. Jesús, apoyando sus manos descarnadas en los hombros del joven, decía con incomparable satisfacción:

—He aquí también mi mejor cosecha.

ARTURO HUMANES

Con el número de hoy acompañamos un prospecto del conocido medicamento *Elixir Cayol*, cuya lectura recomendamos eficazmente á nuestros lectores por ser de interés á las familias y á todas aquellas personas que padecen de neurastenia, anemia, falta de apetito y debilidad general, siendo también muy útil en las convalecencias. Se vende en las principales farmacias y droguerías y en las farmacias Borrel (Puerta del Sol, 5) y Guardo (Arenal, 15).

Recomendamos por su gran utilidad, el libro de las **Sentencias dictadas por el Tribunal Supremo de Justicia** en materia de caza, desde la publicación de la ley de 16 de Mayo de 1902, recopiladas por J. Box. Todos los Sres. Jueces, Abogados, Procuradores, guardas jurados, Guardia civil y cazadores deben de adquirirlo. Esta Administración los facilita al precio de 60 céntimos. Nuestros lectores de provincias enviarán 30 céntimos más para franqueo y certificado.

DE PESCA

Cebo nuevo para la pesca.

Á propio intento he dejado de hablar de algunos cebos muy conocidos por todos los aficionados á la pesca; por ejemplo, la ova, planta acuática que se cría en los peñascos de las corrientes y en las chorreras de los ríos, porque si bien son cebos recios, con los que se pescan los barbos de más peso, son muy pesados y, por lo mismo, los aficionados que somos amigos de la distracción más bien que del lucro, los usamos pocas veces. Ellos exigen al pescador un trabajo inmenso de recoger un largo sedal cada vez que el corcho llega al límite de su carrera, de volver á echar sus anzuelos hacia la parte superior de la corriente, y en medio de ella, que es donde se usa, etc., etc.; y de ahí que en la mayor parte de las ocasiones perdonemos «las gachas por los tostones».

Asimismo he dejado sin contar entre los cebos descritos para la pesca, uno, aún no conocido por los aficionados, que yo tuve el acierto de descubrir hace tiempo, y al que no se resiste pez alguno por muy satisfecho que esté de comida.

Se usa en todos tiempos, haga calor ó frío, sea de día ó de noche, con cielo despejado ó anubarrado, ya esté el agua turbia ó limpia, ya parada ó corriente. Él obra prodigios y hace al pescador llenarse de ilusión al ver su cesta, por grande que sea, repleta de cuantas variedades de peces existan en el río en que se emplee.

Su composición es muy sencilla, si bien me la reservo hasta que mis profesores Sres. Capdevila y Martínez hagan la prueba y me den la razón, si es que sirve y produce los mismos efectos en esos ríos donde ellos pasan sus ratos de ocio; pues debo advertir que yo no he pescado con él más que en el Genil y en otros rigüelos que á él afluyen cerca de esta localidad, y pudiera muy bien suceder que las alabanzas que yo prodigo á mi invento se trocaran en censuras de esos señores pescado-

res, y me remitieran desde ahí una excelente troyina de palos que me pusieran más delgado aún que las cañas que á dichos amigos envió hoy mismo para que conozcan el modelo de las que por aquí usamos, y las cuales van acompañadas de uno ó dos aparejos corrientes y de su poquito del cebo en cuestión.

Mas como entre los pescadores y cazadores no ha reinado ni jamás reinará la envidia, sino que por el contrario, nos place en extremo ganar nuevos prosélitos para nuestras dos aficiones; como me consta que en la calle de la Bolsa, 10, Madrid, se reunen diariamente bastantes fervientes de San Huberto y de... San Rafael, que creo debe ser el patrón de los pescadores por llevar siempre el barbo en la mano, yo, sin encomendarme á Dios ni al diablo, les invito á que hagan una prueba de pesca (aunque no sean aficionados) poniendo en sus anzuelos, siquiera una sola vez, el cebo de mi invención, que también remito hoy al Sr. Administrador de nuestra Revista con este fin. Pido, pues, á dicho señor lo reparta como pan bendito, dando primero al Sr. Presidente de nuestra Asociación, inmediatamente á los demás señores de la Directiva, luego á los amigos... quedándose él para el último, á fin de que cumpla el refrán de «el que parte y reparte, se lleva la mejor parte».

Y como es muy posible que el pescador novel que use el cebo inventado por mi humilde persona agarre un pez de marca mayor que necesite darle carrete, y dicho principiante no sepa trastearlo como es debido y aconsejan las reglas del arte, no tenga inconveniente en ponerme un parte telegráfico (sin hilos), y le prometo desde aquí remitirle por *er mesmo condurto* una caja con los polvos de la *mare* Celestina, con cuyo olor se anestesiarán los más fieros pescados y quedarán en disposición

de ser conducidos á la capacha del pescador... sin resistencia de ninguna clase...

Y basta ya de mis *permas*. Hago punto final, dejando mi tosca pluma para que sea sustituida por las de oro y diamantes de los catedráticos eminentes, mis amigos señores Capdevila y Martínez, que tendrán la amabilidad de acabarnos de ilustrar con sus sabios consejos, explicándonos poco á poco, y cuando sus ocupaciones se lo permitan, un curso completo, repleto de pesca.

Bien sé que no han de servirme sus explicaciones más que como recuerdo de una afición desmedida que he tenido siempre á esta distracción favorita; porque, ¡ah, señores!, hoy, bien á pesar mío, tengo que abandonarla, y asimismo todos mis compañeros de ésta, por la sencilla ó por la muy poderosa razón... que ya tendré el gusto de exponer en las columnas de esta ilustrada Revista, allá á principios de la primavera siguiente, en escrito que titularé «El trueno gordo», y el cual no ha de agradar mucho á los agentes de la autoridad de estos contornos, que tienen obligación de velar, siquiera algo, por el cumplimiento de la ley.

Y como corresponde á todo caballero andaluz, y más aún á mi elevada «jerarquía» y caballerosidad (ya metí la pata, pues dirán con razón mis lectores que soy de los que no necesitan abuela), mil perdones os pido, D. Félix y D. Salvador, por la molestia que os haya proporcionado con mis empalagosos escritos; y millones de gracias os envío por vuestras deferencias para conmigo, y sobre todo por las invitaciones que el Sr. Martínez me hace para que le acompañe, en unión de mis compañeros de *faitigas*, en sus famosas excursiones piscatorias al célebre Perelló, aguas que, á decir verdad, me tienen sin sueño desde que las conocí por su hermoso artículo publicado hace ya unos meses. Mas no crea el Sr. Salvador que no aceptamos su convite, no; lo aplazamos hasta Febrero ó Marzo; porque en esa época contaré yo, el más tumbón de los pescadores, con el codiciado premio gordo de esta venidera Navidad; pues os juro con

INTERESANTE: Por convenio celebrado con nuestro colaborador-fotógrafo D. J. Mena, Carretas, 39, los suscriptores de esta Revista disfrutarán de un 25 por 100 de rebaja en el precio indicado para los retratos al óleo.

Véase anuncio en la última plana.

toda solemnidad, y con la formalidad que á mí y á mi amigo el Sr. Mangas nos caracteriza, que por fuerza, sin pretexto ni excusa de ningún género, ha de venir á mis manos, clavado en mis famosos anzuelos adornados del mortífero cebo de mi invención, ese refrigerio maldito de los seis millones de pesetas del ala...; y entonces, ¡ah!, entonces... siendo yo respetable persona, respetabilísima, honorabilísima y, por consiguiente, distinguida por la mayoría de los españoles, y no teniendo que trabajar más en mi *vía* para poder sostener con *er suor* de mi frente á mis numerosos chorreles, entonces, repito, en mi *marnífica* máquina *volaora*, que compraré, acompañado de mis feligreses pescadores, me presentaré en esas hidalgas regiones y tendré el gusto de estrechar afectuosamente, efusivamente, las manos de tan excelentes amigos de afición y de *toos* mis gustos é *incrinaciones*; digo, si antes (¡ay, Dios!) no han *partío ú mandao* á la *eterniá* de un zambombazo de dinamita (¡caramba! que voy á *esembuchar* antes de la primavera) á este vuestro admirador y seguro servidor que se despide de vosotros con *toas* aquellas palabras retumbantes con que lo *jacen* las personas *deslustradas*, *jechas ar* trato de las gentes *curtas*.

UN ANDALUZ PREGUNTÓN.

Rute 28 de Octubre de 1915.

PERDICES PARA REPOBLAR

Recordamos á nuestros suscriptores que en la anterior época de caza solicitaron perdices para repoblar, que no demoren sus pedidos. El Administrador de esta Revista se complacerá en facilitar cuantos datos sean precisos para la adquisición de las citadas aves.

TIRO NACIONAL

Ha terminado en Guadalajara el curso de tiro que la representación de esa provincia organizó con motivo de los festejos de feria.

Han obtenido primeros premios: en la tirada individual para obreros, Antonio

Orozco; en la de obreros, por grupo de tres, Isaac de la Rica, Nicolás Lanza y Rafael Fernández; en la de clases é individuos de tropa de todos los Cuerpos de ejército, Marcelino Mínguez; en la de individuos y clases de tropa, por grupos de tres, Eduardo García, Gregorio Merino é Inocente Morales; en la de jóvenes de doce á diez y ocho años, Ignacio Cura; en la de Jefes y Oficiales de las guarniciones de provincias, el Capitán de la Guardia civil D. Joaquín Valverde; en la de alumnos de las Academias militares, Ignacio Cura; en la de socios paisanos de la representación del Tiro Nacional, Isaac de la Rica; en la de cazadores de la provincia, Isaac de la Rica y Rafael González.

En el campeonato provincial obtuvieron: el primer premio, Joaquín Valverde; el segundo, Jesús López; el tercero, Ildefonso Blanco; el cuarto, Guillermo Céspedes, y el quinto, Antonio Cúe.

Escopetas de las mejores marcas, á precios reducidos. Utensilios de caza, cronómetros, aparatos fotográficos y mil distintos objetos á precios neregibles. Verdaderas gangas.

AL TODO DE OCASIÓN—Fuencarral, 45.

NECROLOGÍA

Nuestro querido amigo y compañero D. Salvador Martínez nos envía desde Valencia estas notas necrológicas dedicadas al entusiasta aficionado D. Godofredo Hernández:

«Aunque con retraso, que lamento muy de veras, por causas ajenas á mi voluntad, no puedo sustraerme al deseo de cumplir con el sagrado deber que impone la estimación y el afecto sentidos hacia una persona querida, rindiendo á su memoria público testimonio de amistad.

El día 17 de Agosto último falleció en esta capital, víctima de rápida enfermedad, mi entrañable amigo y compañero inseparable de deportes cinegéticos D. Godofredo Hernández Llácer.

Su prematura muerte, á los cincuenta y dos años de edad, ha dejado sumidos en la mayor amargura á su buenísima esposa D.^a Elisa Barreda, á su pequeño hijo Godofredo y demás familia, produciendo verdadero sentimiento de dolor entre sus innumerables amigos, en los que pueden contarse la mayoría de los cazadores valencianos.

Fué mi querido amigo un comisionista inteligente, activo y laborioso, cuyas dotes personales le habían granjeado una confianza ilimitada en el extenso círculo de sus relaciones mercantiles por la seriedad que imprimía á sus actos comerciales, gozando además de generales simpatías, porque con su carácter afable y jovial y sus nobles y generosos sentimientos supo conquistarse el aprecio de todos.

¡Pobre Godofredo! En la plenitud de su vida, y cuando á fuerza de trabajos y desvelos se había creado una decorosa posición que constituía el bienestar de sus seres queridos y le permitía gozar de las delicias de su afición á la caza, por la que tenía gran predilección, cuando se consideraba más feliz y dichoso, ha venido la muerte á arrebatárle para siempre su existencia.

Con la desaparición de Godofredo Hernández hemos perdido uno de los mejores amigos, un excelente cazador decidido y entusiasta, un constante lector y admirador de esa simpática publicación.

Descanse en paz el alma de mi queridísimo compañero, y sepa su desconsolada viuda y demás familia, para que les sirva de algún lenitivo á la honda pena que le aflige, que de ella nos hacemos partícipes en alto grado sus buenos y numerosos amigos, que no le olvidamos ni le olvidaremos nunca, y perdurará en nosotros el gratísimo recuerdo del intenso y acendrado cariño que le veníamos profesando.»

La noticia del fallecimiento de tan excelente aficionado nos ha producido honda pena, y enviamos con todo cariño á la distinguida familia del finado la expresión sincera de nuestro profundo dolor.

¡Descanse en paz nuestro inolvidable amigo!

NOTICIAS

Terminadas las obras de perfeccionamiento del refugio que la Sociedad Los Amigos del Campo posee en Hoyo de Manzanares, ha quedado ya definitivamente abierto al servicio de los socios, que podrán utilizarlo completamente gratis.

Del mismo modo pueden obtener datos é itinerarios de las principales cumbres y centros de excursión de la sierra de Guadarrama.

La Sociedad realizó una excursión á Siete Picos, con el siguiente itinerario: Cercedilla, Puerto de Navacerrada, Cerro del Telégrafo y Séptimo Pico.

★

Los guardias Manuel Sarmiento y Mauricio Fernández, de la línea de El Pardo, detuvieron á José Ray Garéa y á Esteban Sancho Bautista, que se dedicaban á cazar furtivamente, destruyendo vivares con un tiento.



BIBLIOTECA DE CAZA Y PESCA

Legislación de caza, pesca y uso de armas, por el capitán de la Guardia Civil D. Agustín Alvarez Navarro. Cuarta edición.

De venta en la Administración de esta Revista. Precio 1,50 pesetas; nuestros lectores de provincias enviarán 30 céntimos más para franqueo y certificado.

Recuerdos de montería.—Notabilísimo folleto de D. Diego Muñoz Cobo. Nuestros lectores pueden hacer los pedidos á la Administración de esta Revista; precio una peseta. Los de provincias enviarán 30 céntimos para franqueo y certificado.

Notas de caza; notable libro, cuyo autor es el entusiasta aficionado D. Francisco Bru.

Por lo interesante, ameno é instructivo debe figurar en la biblioteca de todos nuestros lectores.

La Administración de esta Revista los facilita al precio de 2 pesetas; nuestros lectores de provincias enviarán 30 céntimos más para franqueo y certificado.

Imprenta de Jaime Ratés, costanilla de San Pedro, 6.